



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Orozco-Mangú, Juana
Verdad y felicidad epicúreas
Contribuciones desde Coatepec, núm. 27, julio-diciembre, 2014, pp. 17-43
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28133880002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Verdad y felicidad epicúreas

Epicurean Truth and Happiness

Juana Orozco-Mangú*

Resumen: El objetivo general de este artículo es mostrar la importancia y vigencia de la filosofía epicúrea en la historia del pensamiento filosófico. Para ello, nos valemos del estudio de los conceptos de *verdad y felicidad* en Epicuro. Analizamos el concepto de verdad y su relación con la teoría atómica, así como el papel del conocimiento dentro de la filosofía epicúrea; es decir, como un instrumento al servicio de la vida que, lejos de ser un lujo de la vida en molición, se convierte en una necesidad para alcanzar serenidad y, por ende, para acercarnos a la felicidad. Asimismo, observamos la concepción de felicidad, con lo cual mostramos el necesario enlace o correlación entre la física y la filosofía moral. Posteriormente mostramos la influencia que ha tenido la filosofía epicúrea en diversos pensadores y filósofos a lo largo de la historia del pensamiento. Todo lo anterior no tiene la finalidad de hacer una apología de Epicuro, sino de revalorar y repensar los fundamentos en los que está basada su filosofía.

Palabras clave: Verdad, Felicidad, Atomismo, Clínamen, Mortalidad

Abstract: The general objective of this article is to show the importance and validity of the Epicurean philosophy within the history of philosophical thinking. In order to reach this objective the author will revise the concepts of truth and happiness in Epicure's thinking. The concept of truth will be analyzed as well as its relationship with the atomic theory. Also the role of knowledge within the Epicurean philosophy will be analyzed, that is, as an instrument that serves life, far from being a luxury of a life of mildness, it becomes a necessity to achieve serenity and thus to approach happiness. The concept of happiness will be analyzed, and due to this, the necessary bond between physics and moral philosophy can be shown. Thereafter, the influence that Epicurean philosophy has had amongst various thinkers will be demonstrated along the history of thinking. All the analysis described in the lines above has no intention to make an apology of Epicure, but to revalue and rethink the fundamentals in which the Epicurean philosophy is based upon.

Keywords: Truth, Happiness, Atomism, Clinamen, Mortality

* Universidad Autónoma del Estado de México, México, filosofia_1@hotmail.com

*No te afanes alma mía a una vida inmortal,
apura el recurso bacedero.*

PÍNDARO, *PÍTICA III*

Introducción

Gracias a la fundación de la Academia, Atenas fue el centro filosófico de todo el mundo helénico. Después de Platón, solo Epicuro puede ser contado como uno de los grandes maestros de la humanidad. Nació en Samos en el 341 o 342 a. C., cuando el rey Filipo comenzaba su última guerra contra Atenas. Aunque a los 32 años Epicuro se presentó públicamente como filósofo y reunió a sus primeros, más fieles e importantes discípulos, primero en Mitilene y luego en Lámpsaco, no se quedó en este lugar y volvió a Atenas, pues desde el principio quería fundar una comunidad que significara algo en la vida helénica.¹

A la muerte de Alejandro Magno, se suscitaban años de guerra, así como la transición de un gobierno democrático a uno oligárquico. También murieron Aristóteles, Diógenes de Sinope (héroe de la doctrina cínica) y Demóstenes (quien se suicidó). Mientras esto pasaba, Epicuro deambulaba por las calles de Atenas. Fue hasta el siglo 307 a. C. cuando la ciudad fue liberada por Demetrio Poliorcetes; pero con la unificación de las ciudades griegas se perdió la autosuficiencia, tanto económica como política, de cada ciudad.

El destino de los ciudadanos ya no estaba en manos de estos, sino del monarca o, en el último de los casos, en las de la fortuna o el azar.² Como consecuencia se desarrolló un creciente individualismo: desde ahora el hombre está, de día y de noche, bajo la intemperie; de ahora en adelante el equilibrio personal ya no podrá ir unido a las pautas de la vida ciudadana. Surge, entonces, un nuevo modo de hacer filosofía en el que la norma moral quedará separada del quehacer político y ahondará en la conciencia individual de los hombres. Quizá por esta razón, García Gual (1998) sostiene que los sistemas filosóficos postaristotélicos representan la madurez del pensamiento crítico en Grecia.

A finales del siglo V a. C., el hombre estaba sometido a los dioses, a la muerte y al más allá después de su fallecimiento. Sin embargo, aunque en épocas pasadas los dioses

¹ Más adelante se tratará a fondo la vida de Epicuro.

² Como consecuencia de la pérdida de la autonomía de las ciudades griegas, tanto económica como política, el futuro ya no estaba en las manos de los ciudadanos, sino del monarca; sin embargo, también se imploraba al tirano de todos los dioses: el destino o el azar (véase García Gual, *Epicuro*, 1988, p. 21).

eran temidos y se creía que de ellos se recibían dones favorables, en esta se comenzó a dudar de su benevolencia.

Como señala Lucrecio, Epicuro fue el primero en enfrentarse a los motivos sobre la postración de los hombres, inquirió sus causas, interpretó los hechos y tuvo éxito, con ello convirtió a los hombres en dioses.³ La cercanía entre las antiguas ciudades Colofón y Teos propició que Epicuro se acercara a la filosofía del átomo de Demócrito, profesada por Nausífanos. A pesar de la gran diferencia que existía entre el maestro Nausífanos y Epicuro,⁴ la filosofía del átomo determinó la vocación de este último. Epicuro pasó 10 años (321-311 a. C.) entre Colofón y Teos. Durante este periodo concluyó su ciclo como aprendiz y se inició como maestro, primero en Mitilene y luego en Lámpsaco. Cinco años después regresó a la aún capital de la filosofía, Atenas, donde se encontraban la Academia y el Liceo.

Epicuro fundó su propia escuela, mejor conocida como *el Jardín*. Era un grupo de discípulos que se acompañaban constantemente, contraían matrimonio a su manera y llevaban en la sortija la imagen del maestro.⁵ Se practicaba una vida sencilla y frugal, además que se aceptaban hombres, mujeres y esclavos. El cultivo de verduras que realizaban sus discípulos les permitió, incluso, prestar ayuda a los atenienses con ocasión del asedio al que fueron sometidos por Demetrio Poliorcetes.

Verdad y felicidad epicúreas

A diferencia de los escépticos, Epicuro buscaba afanosamente la verdad; según él, esta se puede lograr a través de dos instrumentos naturales: los sentidos y la razón. Epicuro se protege de la confusión, como lo señala en la máxima “El sabio será dogmático y no tendrá dudas”; por ello su filosofía está fundada en una base sólida, pues considera que para avanzar en el razonamiento es necesario poseer criterios de verdad. Epicuro toma de Demócrito la filosofía del átomo, ya que el interés práctico del atomismo consiste en acabar con el pavor a la muerte y dejar el ánimo sereno.⁶ Además, al igual que Sócrates,

³ Véase Lucrecio, *La naturaleza*, 2003, pp. 125-127.

⁴ Nausífanos proponía a la “inalterabilidad” como camino a la felicidad; algo muy distante de la imperturbabilidad de Epicuro.

⁵ Cfr. Alfonso Reyes, *La filosofía helenística*, 1965, p. 142. Cabe mencionar que el nombre del maestro significa el “auxiliador”.

⁶ El atomismo, base sólida sobre la que se fundamenta el sistema de Epicuro, enseña que no hay motivos para temer a la muerte, ya que el dolor y el placer solo se dan en la sensibilidad, y precisamente la

Epicuro desdeña la opinión general, la “enfermedad sagrada”.⁷ Para poder liberarnos de la valoración se requiere del conocimiento científico de la realidad,⁸ pues solo la comprensión de la naturaleza de manera racional, limpia de toda concepción religiosa, garantiza la auténtica serenidad de ánimo o *ataraxia*.

Como heredero de la tradición democriteana, Epicuro se opone a las teorías platónicas ya que para él no existe dualidad de mundos, sino una única realidad: la sensible; en su *Epístola a Heródoto* anuncia que hará una especie de resumen de todas sus obras, porque es necesario forjar en la memoria el carácter básico:

Querido Heródoto, para los que no sean capaces de dar cuenta pormenorizada de cada una de las cuestiones tratadas por mí en los escritos relativos a la naturaleza ni tampoco de comprender mis libros más voluminosos unidos a ella preparé como cosa suficiente para ellos un resumen de mi obra de investigación, con objeto de que retuvieran en su mente mis conclusiones [...] (Epicuro, 2005: 49).

En esta operación (carácter básico) se hace realidad el principal enfoque cognoscitivo sobre las cosas concretas. Además, para toda persona que aspira al perfeccionamiento epicúreo es fundamental un conocimiento preciso y estar capacitado para poner en práctica, con agudeza, los enfoques de sus conocimientos parciales, reducidos a fórmulas y elementos simples. Asimismo, en esta epístola el autor expone su física,⁹ compuesta por dos partes: la primera es la formulación de una serie de postulados básicos; la segunda, un intento por explicar la formación del mundo según estos principios, es decir, una cosmología. De igual forma, propone la necesidad de comprobar toda cuestión por su referencia a las sensaciones y concretamente a los enfoques que acompañan las cuestiones producidas por la reflexión o por cualquier otro criterio, con el objeto de poseer bases para interpretar no solo lo presumible, sino también lo incierto.

muerte es la ausencia de la sensibilidad. Aclara que la muerte no es una amenaza, sino un hecho que por naturaleza debe acontecer; nuestro ánimo se tranquilizará y podremos ser felices.

⁷ Epicuro se refiere a la opinión del vulgo como “enfermedad sagrada”, ya que en ese momento la religión estaba en crisis. Se tenía la idea de que los dioses estaban al pendiente de los hombres para castigarlos en el momento que cometieran una ofensa.

⁸ Lo que se denomina conocimiento científico implica la noción de la realidad liberada de la superstición, explicada por medio de la teoría atómica. En este caso, al igual que Aristipo con el dinero, el conocimiento científico no es un fin en sí mismo, sino un medio para la liberación del ánimo.

⁹ La mayoría de los autores se refieren a ella como *física*, aunque también se entiende que su concepción del mundo se halla basada, con algunas aportaciones originales, en la teoría democriteana.

A continuación se analiza detenidamente la física de Epicuro y las diferencias que introduce respecto al sistema de Demócrito. Como ya se mencionó, Epicuro empezó por establecer una teoría del conocimiento que le permitió construir sus razonamientos sobre una base material y sólida.¹⁰ Según él, existen tres normas o criterios indispensables para comprender la realidad: las sensaciones, las anticipaciones y los sentimientos.¹¹ Los tres se resuelven en uno solo, la sensación. Las sensaciones evidencian la existencia de los objetos, pero no garantizan la verdad de los juicios, puesto que la sensación en sí misma es irracional, ya que los sentidos dan testimonio solamente de ciertas combinaciones o movimientos atómicos del objeto percibido. El juicio puede engañar, pues trata de sacar conclusiones de la información ofrecida por los sentidos. Estas conclusiones serán verdaderas o falsas según la experiencia las afirme más tarde. Por lo tanto, si el hombre se engaña de una némesis terrible que lo impulsa a tomar lo malo como bueno, el origen de sus desgracias se hallará en sí mismo; quizá mediante una preparación adecuada será capaz de disminuir sus errores y de vivir tranquilo.¹²

Este afán por alcanzar la verdad mediante los instrumentos naturales, (los sentidos y la razón) para establecer también una ética natural,¹³ constituye una de las aportaciones más originales de la escuela epicúrea. Este dogmatismo establecido por Epicuro es criticado por algunas posturas;¹⁴ sin embargo, resulta necesario para la edificación del sistema que dicho filósofo nos heredó. Una vez establecida la verdad con todas sus connotaciones éticas, los discípulos la considerarán una conquista siempre constante que asegura la felicidad. Además, sin certezas sólidas, el filosofar se convierte en algo

¹⁰ La teoría del conocimiento que Epicuro estableció es el principio de su sistema, el cual tiene la finalidad de llegar a la felicidad o imperturbabilidad del alma.

¹¹ Las sensaciones están constituidas por los movimientos de los átomos del cuerpo: si estos movimientos causan alguna perturbación, surge en nosotros un sentimiento de tristeza. Por el contrario, cuando no se produce perturbación, experimentamos un sentimiento de placer. Los sentimientos (*phátē*) de placer y dolor se manifiestan en todos los seres animados ya que son, finalmente, la causa de sus elecciones y de sus aversiones y, por lo tanto, el motor natural que impulsa todos sus actos.

¹² La preparación adecuada para Epicuro se debe empezar por la dilucidación de la realidad que, para él, es clara y visible; deja a un lado la explicación mítica.

¹³ Se trata de una ética de resistencia, desconfiada de la retórica moralizante tradicional, que busca una pauta natural para deslindar lo necesario de lo superfluo, ya que Epicuro utiliza no solo la teoría particular del átomo, sino la general de toda la física para atender la ética y servir tanto a los intereses, como a las necesidades del hombre. Asimismo, expresa que la naturaleza enseña a considerar insignificantes las concesiones de la fortuna y a no valorarla en exceso.

¹⁴ Aunque según algunas opiniones este dogmatismo será también uno de los grandes defectos del epicureísmo. Está claro que Epicuro, para erigir su sistema, se protege de la confusión, según lo atestigua su máxima "el sabio será dogmático y no tendrá dudas".

inconcebible e imposible. Esta finalidad antiaporética se consolida mediante el precepto sobre que el sabio tendrá una escuela, pero no para atraer la multitud como un charlatán.¹⁵ La conciencia de escuela ayuda a marcar una diferencia fundamental frente a cualquier actitud escéptica; sin duda, saberse miembros de una escuela caracteriza a los epicúreos.

Ahora bien, es fundamental comprender que “nada nace de lo que no existe”¹⁶, pues todo lo que germina necesita de una semilla. Asimismo, se debe comprender que la experiencia de lo cotidiano atestigua que las cosas en desaparición no se consumen. Epicuro afirma que existen el universo y los cuerpos; además, considera que el primero siempre fue tal como ahora es y siempre será así, puesto que no hay nada en que pueda transformarse: fuera del universo no hay nada que, luego de introducirse en él, pudiera causar mutación. Por lo que respecta a los cuerpos, no tendrían lugar dónde estar ni por dónde moverse si no existieran el vacío, el espacio y las realidades intangibles, ya que fuera de estas realidades no hay nada, no hay forma de imaginar otras. Unos cuerpos son compuestos y otros los forman. Estos últimos son los átomos (indivisibles e inmutables) que, por sus formas, no son susceptibles de ser abarcados por sus diferencias; se mueven durante toda la eternidad; algunos se distancian entre sí y otros retienen su propio impulso si se inclinan sobre el entramado de átomos, o bien se recubren por los lazos de estos. También se debe garantizar la existencia de mundos infinitos (unos iguales a este y otros distintos), pues los átomos, al ser infinitos, se desplazan hacia los lugares más apartados.

También habla de los arquetipos llamados imágenes, el movimiento de estas en el vacío, sin que salga a su encuentro ningún cuerpo que choque con ellas, cubre en un tiempo inconcebible toda distancia dispuesta para ser abarcada por la mente. La velocidad de la formación de las imágenes corre pareja con la velocidad del acto mental de imaginar. Epicuro señala la necesidad de hacerse a la idea sobre que tenemos las formas de las realidades objetivas por medio de la irrupción de nosotros en estas realidades, pues no hay objetos que pudieran grabar su zona externa, luego la imagen que irrumpe en nosotros produce la impresión de un todo único continuo. La mentira y el error, como ya se mencionó, surgen cuando los supuestos no son confirmados por la imagen inamovible dentro de nosotros mismos.

A diferencia de Demócrito, la física de Epicuro no acepta la infinitud de formas en los átomos, sino solo determinadas variaciones de tamaño; además rechaza la teoría de la división de los átomos hasta el infinito. En esta misma epístola, según la teoría atómica,

¹⁵ Los epicúreos posteriores añadieron que el sabio podrá hacer lecturas en público, solo si se lo piden.

¹⁶ Este principio es tomado de Parménides.

Epicuro expresa que el alma está formada por partículas finísimas¹⁷ (átomos) extendidas por todo el cuerpo; es sumamente parecida a un soplo de aire que lleva en sí cierta mezcla de calor y además guarda el más importante agente de las sensaciones. El cuerpo también queda provisto de la participación de la sensibilidad, pero no de todas las propiedades del alma, pues no posee la facultad de la sensación —solo ayuda a facilitársela—; por ello, cuando el alma se separa del cuerpo este pierde de la sensibilidad.

Las cualidades con las que nos referimos al cuerpo, como la forma, el color y el tamaño existen, aunque no por sí solas. Se debe pensar al cuerpo como es, un ser que conserva su entidad gracias a todas sus cualidades; sin embargo, todas y cada una de estas se encuentran sujetas a enfoques de interpretación y diferenciaciones propias, debido a que son inseparables del cuerpo. Las cualidades reciben su denominación según el designio global del organismo.

Es evidente que todos los cuerpos son contingentes, ya que no se acompañan permanentemente ni tampoco tienen un puesto fijo asignado por la naturaleza circundante. Cabe mencionar que la entidad tiempo no debe ser examinada como las demás realidades que existen en los objetos, sino que se debe poner en relación con su propia evidencia. De acuerdo con este argumento, se habla de “mucho tiempo” o “poco tiempo”. El tiempo, como significativo, se asocia a los días, a las noches, a sus subdivisiones e igualmente a los sentimientos (o a su ausencia), a las conmociones y a la quietud; así se descubre que el tiempo es una contingencia que engloba otras contingencias.

Sin duda, para Epicuro, una función de la ciencia de la naturaleza es dar cuenta de las causas que explican las cuestiones decisivas; de igual manera, la felicidad se fundamenta tanto en el conocimiento del problema sobre los cuerpos celestes¹⁸, como en el

¹⁷ Cabe mencionar que para Epicuro el alma, al igual que todo lo que existe en el universo, incluso Dios, está compuesto por átomos; aunque estos son más finos que los que componen el cuerpo. Esta es, sin duda, una afirmación fundamental, debido a que niega la inmortalidad del alma porque, como todo, una vez que se disuelven los átomos que la componen, se disgrega. Como podemos notar, este planteamiento se opone a la teoría platónica, pues según Epicuro las teorías de los académicos no pueden liberar al hombre del miedo a la muerte cuando afirman que cuando morimos no morimos del todo porque el alma sobrevive. Para Epicuro ni siquiera ellos se convencen de su teoría porque, si fuera así, no llorarían ni se afligirían cuando se les muriese alguien cercano; por el contrario, se alegrarían del hecho que ellos ven como una liberación y no se ocuparían tampoco, como lo hacen, por conservar una buena salud. De este modo, para Epicuro no se debe temer a la muerte una vez que se la ha exhibido como la ausencia de sensaciones. Vivir es sentir no hay razón para temer lo que no se ha de sentir, ya que la muerte no se topa con nosotros, pues la muerte no es.

¹⁸ Cabe mencionar que a Epicuro le interesa, sobre todo, explicar los cuerpos celestes científicamente, ya que en su época se creía que estos eran dioses y eran muy temidos. Según otras versiones, los cuerpos celestes habían sido creados por los dioses.

conocimiento de su naturaleza. Para dicho filósofo, el fin del conocimiento de los cuerpos celestes es la imperturbabilidad y la seguridad firme; asimismo, se debe dar cuenta de la naturaleza no de acuerdo con axiomas o leyes vanas, sino según demandan los hechos visibles, pues la vida no tiene necesidad de una racionalidad exacerbada ni de vanas presunciones. En lo relativo a todas las cosas, todo marcha sin sobresaltos.

Epicuro no practicaba la ciencia como es entendida modernamente, sino como un medio. Más que interesarse por la ciencia, le importa dar razones que terminen con el miedo, pues cada fenómeno puede tener diferentes causas (es decir, no admite un solo razonamiento);¹⁹ por ejemplo, que la luna tenga luz propia o provenga del sol.²⁰ En la *Epístola a Pitocles* reafirma que no debemos encariñarnos con un solo tipo de explicación; asimismo, los seres divinos no deben ser relacionados en modo alguno con las funciones de los cuerpos celestes, sino ser mantenidos fuera de estas necesidades.

La aportación más original en la física de Epicuro es la introducción del movimiento en los átomos denominado *clínamen*. Demócrito solo admitía el movimiento en línea recta y la repulsión. Epicuro introduce este “nuevo” movimiento para explicar el encuentro entre dos átomos y, por lo tanto, el origen del universo.²¹ En el sistema de Demócrito, la exclusividad del movimiento en línea recta deja al átomo absolutamente determinado en el espacio, esto es, en poder de algo exterior a sí mismo. En cambio, el concepto de átomo según Epicuro incluye dos movimientos que comportan dos nociones contradictorias: el movimiento en línea recta y la desviación espontánea de la línea recta (*clínamen*).

El *clínamen* se produce sin trabas en cada átomo y en todo momento; pero no debe pensarse como una condición suficiente, sino como una condición necesaria de la independencia de nuestra conducta, o como una capacidad para modelar nuestra propia vida.²² El sabio epicúreo, por un esfuerzo de voluntad, deja de actuar determinado por las circunstancias externas y encuentra en la conciencia su centro de gravedad, pues en la imposibilidad de anular el mundo exterior (origen de la turbación y del dolor) el sabio no debe dejarse dominar por él, sino desviarse hacia la *ataraxia*, de la misma manera como los dioses se alejan del mundo.

¹⁹ Ver *Epístola a Pitocles* en Epicuro, *Obras completas*, 2005, p. 73.

²⁰ Para Epicuro, los fenómenos se pueden explicar de distintas maneras, pero la única que se debe rehuir es la del mito.

²¹ Marx dice que el *clínamen* también sirve para explicar la autonomía de los seres animados, pues resume la diferencia conceptual que separa a la hipótesis mecanicista (de Demócrito) de la finalidad (perseguida por Epicuro), es decir, la conciencia individual y abstracta.

²² Según Epicuro, nosotros formamos nuestro carácter.

La segunda parte de la física de Epicuro, la cosmología, constituye un intento para explicar la génesis y la estructura del mundo, así como del universo en que vivimos, pero también del desarrollo de las instituciones humanas, como se explica más adelante. El mundo, según este autor, forma parte de un universo sin límites en el espacio y en el tiempo, en los que ocupa una porción limitada, pues la cantidad de mundos es infinita. Entre la infinitud de mundos, unos se parecen al nuestro, y otros son muy distintos, todos, sin embargo, suelen originarse en los espacios predominantemente vacíos que se encuentran entre los mundos ya existentes.

La verdad para Epicuro es la ciencia que trae la felicidad y, por consiguiente, debe interesarse por ella tanto el joven como el viejo.²³ La necesidad de saber se mantiene en una condición de salud del alma, luego entonces, cualquier fundamento de la felicidad que se ancle en la mera verdad racional, natural y objetiva es rechazado de forma categórica, a la vez que se menosprecian los conocimientos que no tienen connotaciones éticas.

A la plenitud de la felicidad también contribuye la piedad. Los dioses existen, sostiene Epicuro, prueba de ello es la noción de divinidad en la mente de todos los hombres. Pero se debe purificar esta idea de las opiniones vanas con que el vulgo la ha contaminado; sabremos, así, que los dioses no experimentan trastorno alguno ni lo causan a nadie, y que no los conmueve la ira ni la benevolencia, porque tales sentimientos son propios de naturalezas débiles como la nuestra;²⁴ muestra de ello es la sentencia vaticana 65, según la cual resulta estúpido pedir a los dioses las cosas que uno no es capaz de procurarse. Debemos considerar que Dios es un ser inmortal y feliz, por lo que no hay que aplicarle ningún concepto extraño a su inmortalidad ni ninguno impropio de su felicidad, ya que los dioses existen, pero no son como el común de la gente los imagina:

No son presunciones sino falsas suposiciones las declaraciones del común de las gentes sobre los Dioses, concepción de los dioses de la que se derivan los más grandes daños para los que tienen de ellos una mala interpretación, y los más grandes bienes para los que tienen una buena. Pues familiarizados en todo momento con sus propias virtudes aceptan a los que son iguales a ellos, considerando cosa extraña todo lo que no es así (Epicuro, 2005: 88).

²³ Véase *Epístola a Menecio*, en Epicuro, *Obras completas*, 2013, pp. 57-67.

²⁴ Se concibe una nueva forma de relación con la divinidad, es decir, una ajustada noción de lo divino, base para una vida sin recelos ni temores, ya que la piedad, una religiosidad gratuita y cordial, así como una veneración festiva, son fuente de gozo para quien sabiamente la practica.

Epicuro también cree que los dioses están dotados de un cuerpo más bello y más sutil que el nuestro,²⁵ renovado por una corriente constante de átomos que impide su degradación. Y aunque estos dioses no necesitan de ningún signo de veneración, para nosotros es natural honrarlos. Los epicúreos recomendaban la oración, conveniente para la sabiduría, no porque los dioses vayan a irritarse si no los tenemos presentes, sino porque nosotros somos conscientes de cuánto nos sobrepasan en poder y excelencia. Por eso, participar en las alabanzas y acercarse a ellos en las ocasiones solemnes es participar un poco de su felicidad.²⁶ Además, mientras se alaba, el sabio goza en esta contemplación de los dioses, porque estos son como un espejo que refleja la propia imagen del sabio.

Un tema de meditación, destinado a desvanecer uno de los miedos básicos del hombre, consiste en alejar la imagen amenazadora de la idea de muerte,²⁷ ya que Epicuro cree que la serenidad, tan apetecida, llegará, no como resultado de compensar el temor a morir con una esperanza de inmortalidad, sino mediante su clarificación real con ayuda de la filosofía. Debemos acostumbrarnos a pensar que la muerte no tiene nada que ver con nosotros, porque todo bien y todo mal radican en la sensación; es decir, el dolor y el placer solo se producen en esta facultad, mientras que la muerte es la privación de la sensación. Nada alarmante existe para quien ha comprendido que nada temible sucede en el hecho de no vivir, porque “cuando existimos la muerte no está presente y cuando la muerte está presente entonces nosotros ya no existimos” (Epicuro, 2005: 88). La muerte no tiene nada que ver con los vivos, pero tampoco con los muertos, justamente porque estos ya no existen. El común de la gente, como bien afirma Epicuro, unas veces huye de la muerte y otras la añora como solución a las calamidades de la vida. También dice Séneca que la mayoría de la gente no sabe vivir, pero tampoco quiere morir. El sabio no

²⁵ Para Epicuro, el cuerpo de los dioses supera al de los hombres, ya que está dotado de una belleza superior, y es renovado por una corriente constante de átomos que impide su degradación. Cabe decir que los átomos que componen el cuerpo de los dioses son, al igual que su alma, finisimos; por esta razón no los podemos percibir.

²⁶ Los dioses epicúreos representan la encarnación del ideal del sabio, surgidos de la naturaleza humana y carentes de los males que atormentan al hombre.

²⁷ Tanto en Epicuro como en Séneca existe esta misma inquietud por tratar de desterrar el dolor a la muerte. Séneca le dice a Lucilio, para que se libere del temor a la muerte, que esta no puede ocasionarnos grandes males si es el último de ellos: ningún mal es grande si es el último. “Llega a ti la muerte: deberías temerla si pudiese quedarse junto a ti, pero una de dos: o te alcanzará, o pasará... Piensa en esto cada día, para que puedas abandonar con espíritu sereno la vida a la que algunos se aficianan y aferran como lo hacen con los espinos y las rocas los que son arrastrados por un agua torrencial. La mayoría fluctúa miserablemente entre el miedo a la muerte y las penas de la vida, y no quiere vivir, pero no sabe morir” (Cfr. Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, 2005, pp. 105-104).

rehúsa permanecer ni teme morir, pues no le ofende conservarse ni se imagina que el no vivir es un mal.²⁸

En la vida no cuenta la extensión sino la calidad, ya que vivir largo tiempo depende del destino, pero vivir satisfactoriamente depende del alma. La vida, diría Séneca, es larga si es plena. En este sentido, la vida corta no representa un impedimento para la felicidad; por ello, se debe obrar de tal manera que la vida (como los objetos preciosos) no tenga mucha extensión, sino mucho peso.²⁹ Asimismo, Epicuro recrimina a quienes aseguran que hubiese sido mejor no haber nacido, y los invita a irse de la vida, pues matarse está a disposición de todos.

Como habíamos mencionado anteriormente, el fin de una vida dichosa es la imperturbabilidad del alma; una vez logrado este objetivo, se disipa todo tormento y con él, el gozo, ya que lo necesitamos solo cuando sentimos dolor. Debemos comprender que todo gozo es cosa buena, porque su naturaleza es afín a la nuestra; sin embargo, no cualquiera es admirable, así como no todo dolor se debe rechazar por ser cosa mala. El sabio sabe sacar de los dolores los más grandes bienes. Extraen de la suntuosidad el gozo mayor quienes tienen menos necesidad de él. Habitarse a un género de vida sencillo es un buen medio para rebosar salud; nos hace intrépidos ante el azar, ya que los bienes no originan una vida gozosa, sino un sobrio razonamiento.³⁰ Resulta menester mencionar la máxima de Epicuro: “no es pobre el que tiene poco sino el que ambiciona más”; además señala que “grande riqueza supone la pobreza conforme a la ley de la naturaleza”,³¹ ya que cosa honesta es la pobreza llevada con alegría. En ese sentido, cabe reproducir las palabras de Séneca:

[...] Pues, ¿qué importa cuánto caudal encierre en su arca, cuánto en sus graneros, cuánto ganado apaciente o cuántos prestamos haga, si codicia lo ajeno, si calcula lo no adquirido, sino lo que le queda por adquirir? ¿Preguntas cuál es el límite de las riquezas? Primero tener lo necesario, luego lo suficiente (Séneca, 2005: 99).

²⁸ Asimismo, Epicuro prefería la comida y el tiempo más agradables, no los más abundantes.

²⁹ También Séneca piensa que la vida es como una obra de teatro: no importa lo que dure, sino cómo se ha representado.

³⁰ Cabe aclarar que el gozo al que se refiere Epicuro no es el de los viciosos basado en el placer (como es el caso de Aristipo), sino al no sufrimiento del cuerpo ni la perturbación del alma.

³¹ Esta máxima de Epicuro es recuperada por Séneca (Séneca, 2005: 99).

Epicuro sostenía que todos los placeres, así como los sufrimientos, tienen sus límites claramente definidos; por lo tanto, cualquier dolor del cuerpo puede desdeñarse, porque si es agudo no durará mucho sin que se produzca la muerte y, si su duración es prolongada, podrá soportarse con relativa facilidad. No aconseja gozar sin límite ni discriminar los placeres que se encuentran a nuestro alcance; exhorta a no elegirlos todos (porque muchos comportan consecuencias desagradables), es mejor abandonar. Del mismo modo, a menudo es mejor algo que de momento causa dolor, porque de él se derivará después un placer aún mayor.

De acuerdo con Epicuro, unos placeres son naturales y necesarios, mientras que otros son naturales pero no necesarios. La satisfacción de los deseos del primer tipo destierra al dolor y causa placer. La de la segunda clase, proporciona placer cinético (en movimiento); es decir, solo una variación del placer catastemático³² que se supone pre-existente. En esta última categoría se incluye tanto al placer sexual como a los alimentos, cuya consideración como necesarios es, según Epicuro, un engaño.

Para alcanzar la felicidad hay que saber rechazar a los placeres sin afligirnos, y pensar que si nos satisfacemos con poco, obtendremos la libertad de bastarnos a nosotros mismos. Los placeres (como los honores, la belleza, la riqueza e incluso el matrimonio) no son naturales ni necesarios; solo acarrear la turbación. El sabio debe rehusarse a ellos absolutamente y esforzarse por controlar sus deseos, de tal modo que no le pidan otra cosa más que placeres catastemáticos del cuerpo y del espíritu.³³

Los dolores y las penas surgidas a causa de las opiniones vanas son infinitos, así como las perturbaciones ocasionadas por esta misma razón afectan tanto al alma como a los deseos del cuerpo. Las dolencias de la carne no siempre pueden ser evitadas por medios físicos, por ello Epicuro confiaba en que el dominio del ánimo contrarrestara los infortunios inevitables, ya que filosofar es recoger el pasado que hemos vivido, juzgarlo desde ahora, con miras a decidir el futuro de lo que aún nos queda por vivir y el cual termina en el morir. La filosofía nos conduce a la posesión de nuestro pasado y futuro, lo que constituye nuestra existencia total. Luego entonces, el filosofar es un movimiento doble del pensar, que se dirige hacia el pasado y, además, hacia el futuro;³⁴ así lo afirma

³² El placer catastemático existe en el estado natural de un organismo que goza de buena salud, y los placeres cinéticos surgen durante algunas actividades del organismo.

³³ Para Epicuro, las virtudes como la frugalidad, la moderación, la prudencia o la justicia son útiles para la vida feliz, no porque posean una esencia trascendente objetiva e ideal, como la entendía Platón, ni por su aspecto social sino, ante todo, por su provecho para la dicha individual.

³⁴ Cabe aclarar que, para Epicuro, filosofar es la recolección del pasado que se efectúa con miras a la posesión en el morir, ya que mientras nuestro tiempo sigue su curso, está todavía por venir, donde todo

una de las sentencias vaticanas: “quien un día se olvida de lo bien que lo ha pasado se ha hecho viejo ese mismo día” (Epicuro, 2005: 100).

Para Epicuro, si no filosofamos estamos enfermos, ya que la enfermedad radical que aqueja a todos los hombres es el miedo y la acción de filosofar cura de este miedo fundamental (a la muerte) que, a su vez, acarrea otros. La filosofía es mucho más que *un* teorizar y *un* saber objetivo, *una* actitud personal; es, al mismo tiempo, una actividad que proporciona felicidad a la vida, salud al alma. En suma, para él, filosofar ya no es un lujo sino una urgencia vital ante un mundo caótico y alienable.³⁵ En ese sentido, la profesión del filósofo tiene una función salvadora, porque filosofar sería una praxis ineludible, un saber para la vida, que enseña a vivir y no a morir, ya que esto no es necesario ni útil.

Como ya se sabe, la filosofía es una actividad y, al mismo tiempo, una actitud que proporciona a la persona una disposición fundamental para el vivir cotidiano. Como podemos ver, la filosofía tiene una condición utilitaria, ya que es una ciencia al servicio de la vida. No es su vana apariencia, sino su puesta en marcha lo que nos beneficia. El filósofo se sobrepone a los dolores del ánimo, las angustias, los temores, las inquietudes, e incluso a los dolores de la carne mediante la fortaleza de su disposición anímica.³⁶ La existencia dedicada a la investigación y a la teoría queda, así, subordinada a una clara utilidad vital.

Es menester aclarar que la filosofía epicúrea se conoce por su ética, pues busca una solución para asegurar la felicidad del hombre ya que, en efecto, todos temen al sufrimiento y al dolor. Para acallar este miedo, se engañan a sí mismos con falsas ideas sobre los bienes que persiguen y los males que intentan evitar, gracias a las ideas vanas que enturbian la mente del hombre. Epicuro propone un remedio para desencadenar al hombre del sufrimiento causado por el temor a los dioses, a la muerte, al futuro posterior a ella, al dolor, y a las ideas falsas de lo que en realidad constituye el bien. Su *phármakon*, o remedio, será la filosofía que se convierte fundamentalmente en buen juicio abierto a todos (jóvenes, viejos, hombres, mujeres o esclavos). Así lo señala en la *Epístola a Meneceo*: “Que nadie, mientras sea joven se muestre remiso en filosofar, ni, al llegar a viejo, de filosofar se canse. Porque para alcanzar la salud del alma nunca se es demasiado viejo ni demasiado joven” (Epicuro, 2013: 57).

Epicuro concibe a la felicidad como la completa ausencia de pena, tanto del cuerpo como del alma. Solo los dioses pueden disfrutarla absoluta y perfectamente, ya que

lo vivido ha de ser juzgado.

³⁵ Para una interpretación similar véase García Gual, *Epicuro*, 1998, p. 54.

³⁶ El filósofo, tanto para los estoicos como para los epicúreos, no solo busca una sabiduría para la vida sino saber vivir con su saber.

su naturaleza divina está libre de la necesidad humana esclavizadora; mientras que los hombres la disfrutaban hasta donde les alcanza. Según Epicuro, el principio para lograr una vida feliz es la sensatez o cordura donde se originan todas las demás virtudes, debido a que esta consiste en aceptar serenamente la idea de la muerte:

El principio para lograr todo esto y el bien más grande es la sensatez. Por lo cual, bien máspreciado que el mismo amor a la verdad resulta la sensatez, de la que se derivan todas las demás virtudes, porque enseña que no es posible vivir gozosamente sin hacerlo sensata y hermosamente y de forma justa sin hacerlo gozosamente. Pues las virtudes están unidas por principio al hecho de vivir gozosamente, y el hecho de vivir gozosamente es inseparable de ellas (Epicuro, 2005: 91).

Epicuro rechaza los valores propagados por la educación (*paideia*), piensa que están fundados en pautas culturales que no conducen a obtener la felicidad serena en el placer. Además está en contra de la ética de su tiempo (fundamentada en la virtud del hombre ciudadano), como se puede constatar en su máxima “pasa desapercibido mientras vivas”.

El rechazo a la política se relaciona con la oposición a la *paideia*,³⁷ pues Epicuro cree que para alcanzar la felicidad es necesario liberarse de las cadenas de los intereses culturales y políticos, ya que si la finalidad del hombre es el placer —y este se entiende como la ausencia de pena en el cuerpo, así como la inexistencia de aflicción en la mente—, está claro que la política queda inmediatamente condenada —“vive escondido” y “el sabio no hará política”—, porque puede ser que la vida pública nos reporte placeres, pero los riesgos son muchos y los peligros inmensos;³⁸ es decir, la felicidad no proviene del cumplimiento de un determinado papel social y no existe un deber connatural que nos subordine a la colectividad.³⁹ Por este motivo, Epicuro niega que los lazos sociales sean

³⁷ Se considera el final de la política como tema tradicional de la ética griega, ya que Epicuro no cree que el hombre se realice cabalmente en la colaboración cívica.

³⁸ Epicuro renunciaba a toda competencia por adquirir poder, riqueza y éxito, ya que no quería arriesgar su felicidad personal por nada; decía que la vida retirada es una garantía y una cautela. Además, la renuncia a la contribución de una sociedad mejor y el apartamiento de todas las tareas cívicas asume un valor más positivo. Esa renuncia es un requisito para la independencia del filósofo, que trata de reducir al mínimo la dependencia con el exterior. Como remedio medicinal contra una existencia amenazada por mil dolencias, la filosofía helenística prescribe una cautelosa vigilia social, ya que la autosuficiencia es la mayor de las riquezas.

³⁹ La sociedad no existe de modo natural ni previo, sino gracias a la unión convencional de los seres humanos, que se han asociado mediante un pacto mutuo para defenderse recíprocamente y para la afirmación de sus intereses propios.

un hecho natural y afirma que los hombres no están destinados a vivir en comunidad. La sociedad, para él, es una fábrica de vanas opiniones que amenaza la dicha personal al someterla a la conquista del honor y las riquezas. Esta imposibilidad para cambiar algo en la sociedad y el Estado conduce a Epicuro a un alejamiento de la vida política. La libertad de esas imposiciones sociales es lo que él quiere, por eso denuncia como falsos los valores retóricos de un mundo en crisis; pero no niega totalmente la contribución de la vida civilizada para una mayor felicidad, como el caso de los cínicos.⁴⁰ En suma, los epicúreos no rompen las amarras con la ciudad de modo absoluto, sino que limitan su colaboración para disminuir al mínimo los riesgos de esta dependencia. Para ellos, la sociedad debe estar al servicio del individuo; de tal manera, este puede vivir y disfrutar del marco civilizado, sin dejarse manipular por él. Los motivos principales de dolor y placer son necesidades naturales; pero se pueden satisfacer porque una vida libre no adquiere fortunas⁴¹ —esto es irrealizable sin dar cabida al servilismo—; por otro lado, la riqueza exigida por la naturaleza es fácil de procurar, mientras que la exigida por presunciones alocadas, como las llama Epicuro, se dispara hasta el infinito.

Si la política se ha convertido en una fuente de turbación para el sabio, y la felicidad ya no depende del orden social establecido, la justicia también pierde importancia pues ya no constituye el reflejo de un orden superior; en efecto, tenemos una pre-concepción de lo justo, que orienta evidentemente el pacto social y el establecimiento de las leyes, pero debido a la experiencia que genera la *prolepsis* de lo justo.⁴² Así, la justicia se convierte en una simple convención utilitaria destinada a garantizar la seguridad y la tranquilidad. En la máxima capital XXXIII se lee lo siguiente “La justicia vista en sí misma no es nada sino un pacto de no perjudicar ni ser perjudicado en ningún momento en los tratos entre unos y otros y que afecta a la extensión de espacio que sea” (Epicuro, 2005: 97). Las leyes existen para evitar que el hombre sufra, porque el acto injusto sí es un mal, pero sólo en

⁴⁰ Epicuro rechaza los extremos, tan es así que rechaza el cinismo, ya que a sus ojos este es un extremo que pone en la humanidad rasgos de índole animal. Él mismo decía “el sabio no practicará el cinismo”. Además, a diferencia de los cínicos, los epicúreos rehuían cualquier enfrentamiento y escándalo callejero.

⁴¹ Al respecto, Séneca consideraba que la naturaleza era sabia en sí misma, ya que ha puesto a nuestra disposición lo necesario para poder vivir, pero también ha escondido lo que no ha de ser necesario para subsistir, como lo son las piedras preciosas. Sin embargo los hombres, al no hacer caso a la naturaleza, se afanan en frivolidades y lujos, aunado de una vida de molición.

⁴² Para Epicuro, las *prolepsis* constituyen el contenido de las palabras. De este modo, evita el proceso de la definición de los conceptos, ya que, por ejemplo, cuando pronunciamos la palabra “hombre” nos aparece claramente la noción del objeto designado, debido a las múltiples percepciones que tenemos de él. No podríamos nombrar nada sin haber aprendido la imagen mediante una *prolepsis*.

la medida en que lo acompaña el miedo a ser castigado. Para los epicúreos, la justicia no existe ni el orden social es una garantía para la felicidad.

A pesar de que la sabiduría suprema consiste en el ejercicio de la meditación encaminada a la curación del espíritu, y de que el placer fundamental se haya reducido a la satisfacción de las mínimas necesidades materiales, Epicuro —que conoce bien la fragilidad psicológica del ser humano— no cree que esa paz del alma pueda alcanzarse en soledad, por lo que exhorta a jóvenes y a viejos meditar en compañía de un amigo. La amistad (*philia*) es recomendable por la cantidad de bienes que de ella se derivan; además, el placer del sabio aumenta por la representación del placer del amigo, juzgado como propio.⁴³

La amistad se identifica con el placer, pero Epicuro considera también a los amigos como una protección segura frente a las vicisitudes de la vida, de modo que conecta el tema de la amistad con el de la justicia: ambas son el resultado de un pacto que refuerza nuestra seguridad (proporcionada por la necesaria *ataraxia*). Entre los bienes que la sabiduría procura para la felicidad de una vida entera, el mayor es la adquisición de la amistad, una de las fuentes primordiales de la felicidad. Al respecto dice Epicuro: “de todos los medios de los que se arma la sabiduría para alcanzar la dicha en la vida el más importante con mucho es el tesoro de la amistad” (Epicuro, 2005: 96), pues “la amistad recorre el mundo entero proclamando a todos nosotros que despertemos ya a la felicidad” (Epicuro, 2005: 103).

Es menester aclarar que la figura del sabio, para los epicúreos, es algo más que el filósofo debido a que, hasta antes del helenismo, buscaba un saber teórico. Por el contrario, el sabio ya domina una sabiduría práctica,⁴⁴ además de conocer los valores auténticos de la vida frente a las falsificaciones y engaños de la sociedad; ha captado el sabor de lo verdadero y, de acuerdo con los bienes de la naturaleza, sabe dirigir su comportamiento sereno y libre hacia la felicidad. En suma, la figura del sabio epicúreo es más humana, más realizable y se encarna en la figura del maestro.

⁴³ Demócrito ya había afirmado que no merece la pena vivir si no se tiene un amigo.

⁴⁴ Séneca también hace esta distinción entre sabiduría y filosofía. Para él, la primera es el bien consumado en la mente humana, es decir, la sabiduría dispone de sede más elevada y a diferencia de las artes no alecciona las manos, ya que es maestra de las almas; ella enseña qué cosas son buenas o malas; libera el ánimo de vanas apariencias y, en fin, comunica el conocimiento de la naturaleza entera y de sí misma. Mientras que la filosofía es amor y anhelo de la sabiduría.

Posterioridad del epicureísmo

En su testamento, Epicuro muestra el interés que tiene por la pervivencia de su escuela, ya que lega la casa del barrio de Melite y el Jardín para que sean admirados como bienes de esta; también pide a Hermarco de Mitilene⁴⁵ que lo suceda en la escuela que incluye su biblioteca. A este, como *escolarcas*, lo relevaron Dionisos, Basílides y Apolodoro (a quien se considera “el tirano del Jardín”). La sucesión de estos adeptos muestra la continuidad de la escuela en Atenas, aunque también los adeptos del epicureísmo fueron aumentando en otras ciudades.

En el ámbito romano, la filosofía epicúrea encontró una favorable recepción desde el siglo I a. C. como testimonian Cicerón, Lucrecio y Filodemo. También se debe mencionar que la filosofía epicúrea influyó en el sentir de poetas como Horacio y Virgilio, aunque las críticas y polémicas contra la corriente ya existían desde su fundación. La primera crítica se suscitó debido a un falso y calumnioso testimonio de un renegado del movimiento que, según Diógenes Laercio, se trata de Timocrates⁴⁶ —hermano de Metrodoro, quien permaneció fiel al epicureísmo—. Asimismo, la malintencionada interpretación popular confluye con la aversión ideológica de los estoicos⁴⁷ y, siglos después, con la de algunos

⁴⁵ Hermarco de Mitilene fue uno de los primeros que se le unió a Epicuro y que lo siguió hasta Atenas; estuvo con el maestro hasta el último día de su vida. Según Diógenes Laercio, sus obras más significativas son: *Correspondencia acerca de Empédocles* (en veintidós tomos), *Acerca de las matemáticas*, *Contra Platón* y *Contra Aristóteles*.

⁴⁶ En sus *Delicias* acusó a Epicuro de disoluto, glotón; llegó a decir que el maestro vomitaba dos veces al día por los excesos del lujo y la molicie. También lo calumnió de propagador de escandalosas fiestas nocturnas, amante de prostitutas, ignorante, plagiaro y repetitivo. La obra de Timocrates tuvo cierta difusión y está, probablemente, en la base de las tradiciones de escritos antiépícuras que los estoicos y otros rivales procuraron mantener. Aunque es fácil suponer que ese grupo de personas retiradas a un ámbito privado debía resultar un tanto escandaloso para los malpensados de Atenas, que consideran que la predicación del placer como bien supremo debía ir acompañada de orgías y disipados contubernios; por este motivo no es extraño que Epicuro y sus discípulos fueran objeto de burlas o sátiras en comedias y en todo tipo de libelos. Un ejemplo de ello está en las obras del cínico Menipo que cita D.L.VI, 101, donde no solo satirizaba al maestro sino también a su círculo: *Gonatépikourou* (“Semilla de E.” o “Prole de E.”) y *eikadai* (“Los días veinte”, por las fiestas que celebraban los epicúreos en esa fecha).

⁴⁷ Innocenti señala que la polémica de los epicúreos con los estoicos marcó el destino del epicureísmo, ya que la filosofía estoica, a diferencia del epicureísmo, tuvo apoyo y larga hospitalidad en la corte macedonia debido a que ofrecía un instrumento ideológico: A la *ataraxia*, que los epicúreos ponen como principio limitador de las fuentes de daño y turbación, el estoicismo contrapone la *apatía* o indiferencia; es decir, la paciente resignación ante los hechos del exterior. Zenón, sin embargo, fundó su escuela años después de que Epicuro fundara el *Jardín*; más bien la evolución de la doctrina, de alguna manera, acentuó este enfrentamiento. Aunque los estoicos de Estoa tardía, como Séneca y Marco Aurelio, serán menos rigoristas y limitados a la doctrina moral, y más abiertos en las enseñanzas de Epicuro.

cristianos. Seguramente, esto hace que Epicuro sea el más calumniado de la historia. A pesar de todo, la doctrina epicúrea encontró, principalmente, acogida entre los romanos.

Lucrecio⁴⁸ retoma de Epicuro las enseñanzas sobre el conocimiento racional de la naturaleza para llegar a la serenidad de ánimo, sin duda una labor difícil para su época amenazada por la superstición, el temor a la muerte y la violencia. En *De rerum natura* versifica la teoría física epicúrea. El poema está estructurado en un plan general: los dos primeros libros exponen la constitución del universo; es decir, la eterna realidad de los átomos, la infinitud del universo, así como su eterno movimiento y sus particularidades. Otros dos libros versan sobre la composición atómica del alma y de su mortalidad, así como de la teoría de la sensación y de la percepción. Los libros V y VI hablan de la formación de nuestro mundo, del origen y el desarrollo de la humanidad; de los fenómenos celestes, marinos y telúricos.

En una carta a su hermano Quinto, Cicerón es el primero en mencionar a Lucrecio; aparte de admirar al poeta, resultan interesantes sus apuntes sobre diferentes principios epicúreos. Además, como cultivador de la filosofía, más por afán cultural que por vocación personal, ha dejado, aunque con cierto desdén,⁴⁹ testimonios importantes de la teoría y física epicúreas.

Filodemo de Gádira⁵⁰ logró reunir una biblioteca de textos epicúreos y escribir una serie de obras sobre temas tradicionales de la escuela epicúrea; entre las más destacadas encontramos *Sobre Epicuro*, *Sobre la piedad*, *Sobre la muerte*, *Sobre los dioses* y *Sobre los vicios*. Como buen conocedor de esta escuela, citaba los textos epicúreos con frecuencia; matizaba bien las sentencias frente a las críticas de las otras escuelas. Además demostró que el desdén por la lógica de los epicúreos no era por un desconocimiento de la terminología y de las teorías gnoseológicas.

⁴⁸ Tito Lucrecio Caro nació entre el 99 y el 94 a. C.; murió probablemente entre el 55 y el 50 a. C., una época terriblemente agitada por las guerras civiles, así como por la pujanza económica y militar de Roma; seguramente debió ser de clase acomodada y de familia patricia.

⁴⁹ En *Tusculanas* III, 6 y 7, habla del éxito que tuvo en Italia el epicúreo Amafinio, aludiendo tal éxito a lo fácil que era la doctrina de aprender, o bien al encanto y aprobación que les ocasionaba a los hombres ignorantes el placer. Entre las obras más importantes de Cicerón están *Sobre la naturaleza de los dioses*, *Del óptimo género de los oradores*, *Los oficios o deberes de la vejez de la amistad*, *De los fines de los bienes y los males* y *La invención retórica*.

⁵⁰ Sobre Filodemo solo sabemos que fue un intelectual griego que nació hacia el 150 a. C. y murió de morir hacia el 30 a. C. Vivía en una modesta choza. Cicerón y Horacio lo reconocen como un poeta, filósofo y epicúreo prestigiado. Siempre estuvo al margen de la política y de las turbulencias de la época. Este mismo comportamiento se vio en Lucrecio.

La obra de Diógenes Laercio⁵¹ tiene un orden que podríamos denominar *sistemático*, más que cronológico; en el libro décimo se concentra en el epicureísmo. Sin duda, Diógenes es el autor fundamental para conocer a Epicuro pues recoge sus textos básicos. Los salva de la destrucción y del olvido. Su gran admiración por Epicuro se hace evidente cuando afirma que sintió piedad por los dioses y un amor a la patria imponderable, así como una extrema bondad y mansedumbre que le impidieron entrar en asuntos políticos; se refiere a la vida austera que practicaban los epicúreos, para quienes cualquier agua servía de bebida; asimismo, afirma que Epicuro no establecía la comunidad de bienes como Pitágoras, quien hacía comunes las cosas de los amigos, pues para el primero esto era acción de personas poco fieles, entre las cuales no puede haber amistad.

Séneca,⁵² considerado como uno de los estoicos más sensatos, a pesar de su inclinación filosófica, recurre a las máximas epicúreas, como lo atestiguan las *Epístolas morales a Lucilio*. En ellas, elogia las máximas del maestro; selecciona y traduce con gran acierto algunas; sin embargo, su aprecio es limitado, pues ignora la Física y la concepción más general de la Naturaleza propia del sistema.⁵³ Solo escoge las sentencias morales que más le sirven para su ética, que hace hincapié en la independencia del individuo, la búsqueda personal de la felicidad, el papel salvador de la dedicación a la filosofía, la importancia de la moderación y de la amistad.⁵⁴ Este conocimiento de la parte moral de la obra es muy criticable, sobre todo porque a Séneca se le considera una especie de “consejero espiritual” de las clases altas del imperio en tiempos de crisis.

Según Innocenti, con Séneca (como cortesano de altísimo rango) aparece un elemento que caracteriza al epicureísmo de los siglos sucesivos; tal elemento es la adhesión a los

⁵¹ Diógenes Laercio fue un gran historiador y erudito que conocía las obras de otros doxógrafos helenísticos. Su obra *Vidas y opiniones de los filósofos antiguos* tiene una ordenación que se podría considerar sistemática y no tanto cronológica. Hegel fue muy duro con él, cuando dijo que la fuente de las noticias que tiene de los filósofos no puede ser más vacua; por el contrario, a los cínicos los trata de manera elocuente e introduce una serie de anécdotas excelentes. Pero no solo fue duro con Diógenes, sino con toda la filosofía helenística, considerada por él como la decadencia de la filosofía griega. Sin duda con el epicureísmo no pudo simpatizar debido a que dicha escuela ponderó la realidad material como la única existente y, por el contrario, Hegel fue uno de los más duros idealistas clásicos alemanes.

⁵² Séneca nació casi al principio de nuestra era; fue un gran escritor por su abundante producción de ensayos y también por sus tragedias que, según la opinión de muchos, lo hacen el rival romano de la tragedia griega. Tuvo una trayectoria social excepcional; fue un ciudadano rico de una provincia del imperio: Andalucía; llegó al senado y alcanzó el título de cónsul. Finalmente, se suicidó a los sesenta y cuatro años en el año 65.

⁵³ Es decir materialismo, atomismo y hedonismo sensualista. Se piensa que el conocimiento que tenía Séneca del texto de Epicuro provenía de algunos manuales y no de una lectura directa de la obra.

⁵⁴ Estos puntos de la ética de Séneca también se persiguen en el epicureísmo.

dictados del *Jardín* por parte de representantes de las clases medias altas, que Rostovtzeff ha denominado como “epicureísmo trivial”. De la misma manera, Marco Aurelio cita algunas sentencias de Epicuro, aunque prefiere atenerse a la doctrina estoica, porque le parece más digna de sí mismo, como romano y emperador. En los siglos II y III de nuestra era se da un cierto florecimiento del epicureísmo, pero no tanto como filosofía de masas, sino como forma de pensar de ciertos intelectuales o a veces meros simpatizantes como Luciano de Samósata⁵⁵ y Sexto Empírico, quien se inclinó más por el escepticismo.

Uno de los críticos más doctos y severos del epicureísmo es Plutarco,⁵⁶ quien escribió numerosas obras en contra de esta doctrina, por eso es buena fuente para algunos temas de la escuela epicúrea, sobre todo para la proyección social de su ética. Sin embargo, no fue el único que criticó tan crudamente al epicureísmo, también el emperador Juliano, como San Agustín, alude a la desaparición de dicha doctrina. Hacia 368 a. C., el primero escribió una misiva, como *Pontifex Maximus*, a Teodoro, gran sacerdote de Asia, donde lo aconsejaba sobre los libros que convenía leer. Es claro que la censura recae sobre los escritos de epicúreos y escépticos, porque eran considerados como los enemigos más acerbos de toda piedad de tipo oficial. En dicha carta se puede leer “que no haya un libro

⁵⁵ Luciano se inclinó más por el cinismo, pero manifestó también una gran simpatía por Epicuro y sus seguidores, sobre todo porque liberaron al hombre de la superstición en una época alborotada por los fanatismos y supersticiones; esto lo hace evidente en su obra *Alejandro o el falso profeta*, escrito para denunciar a este extraordinario embaucador que declaró un feroz odio por Epicuro. Según un extracto de la obra de Luciano, citado por Carlos García Gual, “los platónicos, los estoicos y los pitagóricos eran amigos de Alejandro y vivían con él en profunda paz; pero el inflexible Epicuro (así lo llamaba) era su mortal enemigo, porque se tomaba a burla y juego todos sus trucos”. Se dice que Alejandro quemó en el ágora las máximas capitales, como si estuviera quemando al mismo filósofo; después las arrojó al mar y además dijo este oráculo: “Danzar mando en el fuego las sentencias del viejo ciego”, sobre lo que Luciano, indignado, escribe: “Sin saber el maldito de cuantos bienes es aquel librito causa para los que lo leen, y cuanta calma, indiferencia y libertad produce, apartando de temores y maravillas y vanas esperanzas e inútiles pasiones, y trayendo la verdad y limpiando verdaderamente los pensamientos, no mediante la antorcha y la cebolla albarrana y semejantes charlatanerías, sino con la recta razón y la verdad y la franqueza” (García Gual, 1998: 247).

⁵⁶ Se considera que Plutarco fue moderadamente estoico, sin extremos heroicos ni afán de paradojas; era amante del saber tradicional, sacerdote de Delfos, bien acomodado, propulsor de una literatura histórica y crítico de todo lo paradójico y revolucionario. Escribió numerosas obras en contra del epicureísmo, como *Contra la doctrina de Epicuro acerca de los dioses*, *Acercas de las contradicciones epicúreas*, *Que los epicúreos dicen cosas más paradójicas que los poetas*, *Acercas de las formas de vida contra Epicuro*, *Acercas de la superstición contra Epicuro*; todos estos textos se han perdido y solo se han conservado tres tratados antiépícuras: *Que no se puede vivir placenteramente según Epicuro*, *Contra Colotes* y *De si está bien dicho “vive ocultamente”*, además de un breve texto humorístico titulado *Grilo*, una parodia de la felicidad epicúrea (en este dialogo, uno de los compañeros de Ulises, llamado Grilo, transformado en un cerdo, defiende, como tal cerdo, que es mejor vivir como animal que volver a recuperar su vida y su figura humana).

de Epicuro ni de Pirrón. Pues ya hicieron muy bien los dioses al haberlos destruido, de modo que la gran mayoría sus libros ya se ha perdido”.⁵⁷

Años después, San Agustín escribe sobre la poca vigencia de las escuelas filosóficas consideradas paganas; sostiene que tanto estoicos como epicúreos están reducidos al silencio⁵⁸ y, por lo tanto, ya no son peligrosos para la doctrina cristiana. Y es que en toda la Edad Media es conocido el epicureísmo borrosamente, ya que el adjetivo *epicureus* servía para designar vagas denotaciones de ateísmo, materialismo, afición a los placeres terrenos (entre las más importantes) de ahí que dicha doctrina adquirió, poco a poco, connotaciones peyorativas.

No fue sino hasta el redescubrimiento del texto íntegro de Diógenes Laercio y de un códice del poema de Lucrecio (traído de Italia por Poggio Bracciolini en 1417),⁵⁹ que se inició una nueva etapa sobre el aprecio del epicureísmo: apareció una serie de ensayos en favor de la teoría epicúrea del placer. El primero de ellos es una epístola de Cosimo Raimondi de Cremona,⁶⁰ titulada “*Defensio Epicuri contra Stoicos, Academicos et Peripateticos*”, en la que califica a los estoicos de filósofos ásperos e inhumanos, muertos a cualquier reclamo de la alegría, y defiende el gozoso sentido de la vida epicúrea. Un segundo texto, en la línea del rechazo al ascetismo estoico, es el tratado de Lorenzo Valla, *De Voluptate*, donde defiende la bondad intrínseca del placer y también la alegría mundana.

Por su parte, la física materialista y atomista no encuentra una recepción positiva, solo en la cosmología de Lucrecio y, años más tarde, en la tesis epicúrea de Giordano Bruno, sobre que el universo es infinito y se mantiene en movimiento eterno renovándose constantemente, encuentra una viva repercusión. En *De l’infinito universo e mondi*, escrito en 1584, Bruno defiende con entusiasmo los principios de la cosmología epicúrea, aunque su exposición acude también a tesis aristotélicas; como podemos ver, la labor de Bruno

⁵⁷ Carta citada en García Gual, *Epicuro*, 1998, p. 251.

⁵⁸ Para San Agustín estas escuelas, consideradas paganas, debido a la oposición que tienen con la doctrina cristiana y con el platonismo, ya no eran peligrosas para la religión cristiana, porque la mayoría de las obras provenientes de estas escuelas estaban destruidas. Pero no hay duda de que estas sectas, en especial el epicureísmo, tan odiado en la Edad Media, anteriormente representaron un grave peligro para la religión cristiana que, desde siempre, por estar tan influida, si no es que sustentada, por el platonismo, conciben una dualidad de mundos, mientras que para nuestra escuela aquí estudiada, así como para la escuela cínica y la Cirenaica, solo hay una única realidad: la sensible.

⁵⁹ Si bien es cierto que las ediciones de estos textos tardaron varios lustros, las copias manuscritas circularon pronto entre los estudiosos y así se fue abriendo una corriente de simpatía hacia la doctrina epicúrea.

⁶⁰ Solo sabemos de él que fue un docto latinista que, como su admirado Lucrecio, se suicidó en 1435.

resultó más atrevida y peligrosa que los elogios a la moral epicúrea cristianizada por otros. Fue condenado por hereje y quemado en el campo Dei Fiori de Roma en 1600.

Con la obra de Pierre Gassendi, *De vita et moribus Epicuri*, se inicia una nueva etapa de los estudios epicúreos, sobre todo porque hay un afán filológico de establecer las líneas básicas y los detalles de Epicuro. Gassendi supera de manera notable los intentos anteriores; pues con su estudio ya mencionado y su traducción, con comentario del libro X de Diógenes Laercio, y su *Syntagma Philosophicum*, marca un avance decisivo en el conocimiento de la filosofía epicúrea: trata de recuperar desde la Canónica y la Física, hasta la Ética. Aunque Gassendi defiende las teorías del atomismo griego, por su condición de canónigo, no acepta todas las consecuencias del materialismo, dado que aún admite la Creación y la Providencia, la inmortalidad del alma y algunos otros principios dogmáticos ajenos al epicureísmo. Aun así, sus comentarios sobre Epicuro revelan un espíritu crítico y un afán filológico de comprensión, característica común de los estudios históricos modernos.⁶¹

Posteriormente encontramos en Kant⁶² un conocimiento relativamente moderado del epicureísmo, que le llega de la tradición latina. Elogia el sistema gnoseológico en el que se apoya la teoría física de Epicuro, aunque advierte la existencia de consecuencias morales negativas que, según él, conlleva dicho sistema desde el punto de vista de la razón práctica. Epicuro, según Kant, no supo advertir la distancia entre ignorar y negar, además de que el materialismo inicial del que parte le impidió postular una ética del deber.⁶³ No obstante, Kant sabe ver la íntima conexión que, en el sistema de Epicuro, existe entre la Física y la Ética. Generalmente, resulta fructífero contrastar las posturas de Kant y las de Hegel, a quien le molesta la teoría del conocimiento de Epicuro, como en sus *Lecciones sobre historia de la filosofía* expresa: “No es necesario que nos detengamos más tiempo en estas palabras

⁶¹ El epicureísmo se difunde en los círculos intelectuales europeos de la segunda mitad del siglo XVII y XVIII. También el hedonismo, materialismo, atomismo, teoría del contrato social, negación de la Providencia divina, son ideas que aparecen en las corrientes ilustradas. Algunos enciclopedistas como Bayle y La Mettrie son partidarios de Epicuro, mientras otros pensadores de la época, como Voltaire y Vico, lo critican duramente. J. M. Guyau, en *La morale d’Épicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines*, descubre ecos epicúreos en Locke y en Spinoza; aunque estas influencias son consideradas como coincidencias y además se encuentran mezcladas con otras tendencias.

⁶² Emmanuel Kant nació en el 1724 en Königsberg, Alemania. Educado en el pietismo, llevó una vida sumamente metódica. Entre sus obras más importantes se encuentran *Crítica de la razón pura*, *Crítica de la razón práctica* y *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.

⁶³ Es claro que hay una diferencia rotunda entre el método ético de Epicuro y el de Kant. Justamente porque Epicuro parte de un materialismo, le impide a Kant postular leyes universales como es el caso de los imperativos categóricos que desde mi interpretación versan así *Actúa de tal manera que la máxima de tus acciones pueda ser usada como ley universal y actúa de tal manera que veas al hombre como fin y nunca solo como medio*.

vanas y vacías; no es posible que sintamos el menor respeto por los conceptos filosóficos de Epicuro; mejor dicho no se encuentra en él concepto alguno” (Hegel, 1997: 387)⁶⁴.

No resulta extraño el desprecio que Hegel siente por el epicureísmo, ya que para el empirismo epicúreo, como lo hemos dicho, no existe más que una única realidad: la sensible, cuyas evidencias son las sensaciones y lo material, así como la negación del espíritu y de la razón, como entes trascendentes por parte de Epicuro. Cabe mencionar que Hegel no solo siente desprecio por Epicuro sino por toda la filosofía helenística, pues para él representa, después de Platón y Aristóteles, la decadencia.⁶⁵

A diferencia de Hegel, en su tesis doctoral *Diferencia de la filosofía de la naturaleza entre Demócrito y Epicuro*, Marx señala la orientación diversa entre uno y otro pensador respecto de la teoría del conocimiento y el movimiento atómico. Aclara que mientras Demócrito no confía en el conocimiento sensible y se aboca a un escepticismo racionalista, Epicuro se desvía de este sistema en varios puntos: él sí confía en los sentidos, de hecho esta confianza en ellos configura su materialismo; además, como también ya se analizó, introduce un nuevo movimiento espontáneo de los átomos (*clínamen*), el cual le lleva a admitir un margen de libertad en este universo material y azaroso; además, la conexión entre esta teoría de la naturaleza y la ética le permite rechazar todo determinismo moral y predicar una serenidad que no conoció Demócrito. Otros marxistas como Lenin elogian a Epicuro por ser “el representante de la dialéctica materialista de los griegos”, pues defendía la ciencia contra la religión.

Por su lado, Nietzsche⁶⁶ también comparte el sentimiento epicúreo de la vida, en el sentido de que, al igual que Epicuro, Nietzsche ve el mundo y la vida como únicas realidades sensibles, por lo que participa de la idea de vivir el ahora con ayuda de los sentidos:

Sí estoy orgulloso de sentir de una manera diferente tal vez a la de cualquier otro el carácter de Epicuro, y disfrutar de la felicidad de la tarde de la antigüedad con todo lo que de él oigo o leo –veo a su ojo mirar hacia un mar amplio y blanco... Sólo alguien que sufre continuamente ha podido inventar tal felicidad, la felicidad de un ojo para el cual el mar de la existencia se ha quedado en calma, y que ahora no puede saciarse de

⁶⁴ Tomado de García Gual, *Epicuro*, 1998, p. 258.

⁶⁵ Solo en algún aspecto de la teoría ética, Epicuro recibe un poco más de comprensión y hasta el elogio de Hegel, por haber corregido el hedonismo más vulgar.

⁶⁶ Friedrich Nietzsche nace en 1844 en Rocken, Sajona. Estudia en la Facultad de Filosofía y Teología de Bonn. Entre sus obras destacan *Así habló Zaratustra*, *Humano demasiado humano*, *La gaza ciencia*, *Más allá del bien y del mal*, *El viajero y su sombra*, *Genealogía de la moral*, *El crepúsculo de los ídolos*, *Ecce homo* y *El anticristo*.

mirar su superficie y la multicolor, delicada, estremecida piel del mar: nunca hubo antes tal modestia de la voluptuosidad (Nietzsche, 1990: 58-59).

Además, comparte con Epicuro la necesidad de superar el miedo a la muerte para vivir de manera feliz la vida. Ello queda atestiguado en expresiones donde se expresa que la muerte y el silencio de muerte es lo único seguro y común en el futuro.

Herman Usener⁶⁷ marca una nueva etapa definitiva en los estudios del epicureísmo, con la publicación de *Epicurea*, un volumen de fragmentos y testimonios de Epicuro, texto obligado para comprender la filosofía epicúrea, ya que constituye un arduo trabajo filológico, donde se nota a Usener no solo como filólogo, sino también como filósofo, aunque él diga lo contrario, ya que menciona en el prólogo que no se ha dedicado a Epicuro por amor a la filosofía, sino por pulcritud filológica.

Después de la edición de Usener, aparecieron paulatinamente más ediciones de Diógenes Laercio, lo que permitió que se llegara a una consolidación bibliográfica no solo del epicureísmo, sino de todo el helenismo.

Durante las décadas de 1960 y 1970 existe una significativa aportación de excelentes trabajos sobre la obra de Epicuro, como el de Arrighetti, titulado *Epicuro; Opere*, con texto griego y traducción italiana, que recoge los textos papiráceos de Herculano; *Epicurus*, de J. M. Rist y *Epicure et son école* de G. Rodis-Lewis, por mencionar los más importantes.

Conclusión

Después de este recorrido por la historia, donde se han contemplado los ecos del epicureísmo, que aluden a una buena recepción de esta filosofía, así como a su rechazo y oposición, es necesario mencionar en las siguientes líneas la vigencia de esta corriente en la actualidad.

Desde el comienzo de la historia se han configurado discursos que nos indican cómo vivir. Lo cual a la vez es demasiado cómodo aunque a la larga es insoportable tener que vivir así, según manden dichos discursos. No es necesario que haga ahora una descripción detallada del modo de vida en el que estamos sometidos, pero en general reinan valores producidos por ideologías, propagadas por una minoría para que las siga

⁶⁷ Filólogo de la generación de Nietzsche y de Erwin Rohde, catedrático en Bonn. En este volumen reúne aproximadamente 600 fragmentos y noticias de Epicuro, ordenados temáticamente y representados en una meditada edición crítica. Después de la publicación de *Epicurea* ha aparecido una gran cantidad de fragmentos, como es el caso del *Gnomologio Vaticano*, descubierto por Wotke y publicado en 1888.

la muchedumbre, como por ejemplo los lujos, la estética frívola y el dinero. La cultura nos ha educado para ponderar como necesidades a los bienes materiales y los valores económicos. Al respecto, Martha Nussbaum señala:

[...] Vemos gentes que corren frenéticas tras el dinero, la fama, las delicias gastronómicas, el amor pasional; gentes convencidas por la cultura misma, por las historias con que se las ha educado, de que esas cosas tienen mucho más valor del que tienen en realidad. Por todas partes vemos víctimas de la falsa publicidad social: gentes íntimamente convencidas de que no les es posible vivir sin sus montañas de dinero, sin sus exquisiteces importadas, sin su posición social, sin sus amantes; y ello a pesar de que esas creencias son producto de la enseñanza y puede ser que tengan que ver poco con, los verdaderos valores. ¿Vemos, pues, una sociedad racional y sana en cuyas creencias se puede confiar como material para una concepción verdadera de la buena vida? No. Vemos una sociedad enferma, una sociedad que valora el dinero y el lujo por encima de la salud del alma [...]. (Nussbaum, 2003: 145).

Ante estos hechos, actualmente no se puede intentar cambiar al mundo, valiéndose de la filosofía epicúrea ni de cualquier otra filosofía que represente una antítesis al capitalismo. Pretender derrocar al sistema —ese monstruo que pareciera que se ha hecho invisible— con ayuda de estas filosofías antitéticas al modelo de vida que se nos ha impuesto —basado en un consumismo exorbitante, que a su vez ha generado pobreza y precariedad, en modo alguno justificadas— es un ejercicio que no considero viable, puesto que el sistema está estructurado de manera tan perfecta que es capaz de tragarse los discursos que lo atacan y los convierte en ideologías, en opiniones de la mayoría, y como señala Agustín García Calvo, las mayorías siempre son idiotas, porque así las necesita el sistema. No se trata, por supuesto, de ensalzar a la filosofía epicúrea ya que, al final, cuando un pensamiento se postula como ideal a seguir, lo único que hace es echar a perder la vida.

Si hay algo rescatable en la filosofía de ese sabio, que a pesar de ser ciego invitaba a competir en felicidad con Zeus, es que uno no debe creer absolutamente que el mundo funciona solo como nos lo han hecho creer. Nos movemos según una serie de opiniones que tomamos por ciertas. La lección rescatable de Epicuro no radica en seguir al pie de la letra el *tetraphármakon*, lo que implicaría ejercer una nueva religión, sino que estriba en ser ejemplo para la humanidad, de poner en entredicho el orden de la cotidianidad de la vida, de los valores que propaga la mayoría, como son las pretensiones de conseguir poder, riquezas, belleza, pues todo eso solo representa fantasmas, quimeras, simulacros;

en suma, una vida fingida, disimulada, una vida según mandan los discursos de poder. El mérito de Epicuro es visualizar una vida diferente, una vida otra, una vida soberana que no se somete a las opiniones de la muchedumbre, sino solo a lo que exige la naturaleza. La naturaleza no engaña como lo hace la ideología, pues con una sabiduría impersonal, no expresada siquiera en palabras, indica lo que es necesario y debido para cada organismo.

En nuestra sociedad contemporánea le damos demasiada importancia y valor a las cosas materiales, al dinero mismo que no se puede obtener sino trabajando. Agustín García Calvo ha declarado que hoy en día vivimos en el régimen del dinero, hoy nuestro dios es el dinero. Dios adopta diferentes caras, hoy es el dinero. Se necesita el mismo grado de fe que el otorgado a determinado dios, ya sea el judeocristiano o cualquier otro, para creer en el valor del dinero. Nos han hecho creer que “aquellas monedillas eran dinero y servían para comer, en vez de descubrir o sospechar tu verdadera esencia y que tú no servías nada más que para ti mismo” (García, 2000: 22-23). Vivimos en un mundo donde gobierna la impostura y la falsedad, creemos trabajar para nosotros mismos, pero lo hacemos para la fábrica universal. Buscamos riquezas donde no las hay. Sacrificamos vivir para trabajar. La ideología ha hecho del trabajo una virtud, cuando el trabajo fue un invento de la burguesía, la cual extraía su beneficio de él.

El mérito de Epicuro consiste en revalorar la verdadera riqueza, pues echó por tierra las “necesidades” vacuas y falsas, que solo pueden postularse como necesarias en virtud de un discurso inventado por un minoría a la cual conviene y genera un beneficio la invención de esas “necesidades” innecesarias, como más tarde las llamara Marcuse. Nuestra época, soterrada en el capitalismo, ha generado infinidad de problemas demográficos por lo que, al igual que en la época helenística, es urgente poner un freno a este consumismo excesivo que se dispara hacia el infinito. Nuestra época ha cambiado al ser por el tener. Solo la naturaleza es sabia y ha puesto a disposición de lo viviente lo necesario para poder vivir. Sin embargo, el discurso capitalista nos ha hecho creer —para poder mover el capital y sostener la maquinaria del trabajo— que, justamente se precisa del trabajo para poder vivir. En un mundo donde todo se vende y donde la economía rige nuestra vida cotidiana, habría que preguntarse si de verdad eso, que de ordinario hacemos, se puede llamar vida.

Revalorar la vida y despejarla de ideas inciertas sobre un futuro, que es lo mismo que creer en la nada, porque aún no llega, así como negarse en la medida de nuestras posibilidades para aportar a la fábrica universal, es suficiente para poner en entredicho a la estructura en la que nos movemos.

Bibliografía

01. Epicuro (2005), *Obras completas*, ed. y trad. de José Vara, Madrid, Cátedra, 123 pp.
02. Epicuro (2013), *Obras*, trad. y notas de Montserrat Jufresa, Madrid, Tecnos, 101 pp.
03. García Calvo, Agustín (2000), *37 adioses al mundo*, Zamora, Lucina, 182 pp.
04. García Gual, Carlos (1988), *Epicuro*, Madrid, Alianza Editorial, 272 pp.
05. Hegel, Georg Wilhelm (1997), *Lecciones sobre historia de la filosofía*, vol. 1, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 388pp.
06. Nietzsche, Friedrich (1990), *La ciencia jovial*, Caracas, Monte Ávila Editores, 299 pp.
07. Nussbaum, Martha (2003), *La terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helenística*, Madrid, Paidós, 610 pp.
08. Séneca (2005), *Epístolas morales a Lucilio tomo I*, Madrid, Gredos, 512 pp.

JUANA OROZCO-MANGÚ: Licenciada en Filosofía. Participó en el “Foro de investigación sobre educación”, organizado por la Facultad de Ciencias de la Conducta y por la Facultad de Humanidades. Ha asistido a diversos congresos sobre Filosofía.